

Manuel T. Podestá, *Irresponsable*. Prólogo de Carlos Dámaso Martínez Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, Colección Autobiografías, memorias y libros olvidados, 2000, 162 páginas.

El Fondo Nacional de las Artes ha lanzado la Colección Autobiografías, Memorias y Libros Olvidados, dirigida por Horacio Salas. Esta colección tiene como objetivo, según palabras del Directorio “preservar y editar aquellas obras fundamentales para el conocimiento de la cultura argentina que por diversos motivos no aparecen en los catálogos de las editoriales comerciales”, y ha comenzado con una primera serie de quince títulos, todos acompañados por su correspondiente estudio preliminar a cargo de especialistas.

Irresponsable de Manuel T. Podestá es el séptimo número de la colección y cuenta con un prólogo de Carlos Dámaso Martínez. Esta novela fue publicada por primera vez en 1889 por *La Tribuna Nacional*. Luego apareció, junto con *Alma de niña*, segunda novela de Podestá, en 1913 en La Biblioteca de La Nación. Finalmente, la última edición hasta hoy, data de 1924. *Irresponsable* es una novela olvidada, sólo pervive en las historias literarias, dentro del catálogo de las novelas naturalistas. Sin embargo, a pesar de sus escasos méritos, volver a leer este tipo de obras menores, oscuras, olvidadas, permite esbozar un panorama literario diferente desde el cual abordar nuestros clásicos nacionales con una perspectiva renovadora. Aunque para esto no basta con la mera reedición de la obra. Hace falta acompañarla por una lectura crítica que vuelva a colocar a la obra en la corriente actual de los estudios literarios. En eso radica el mérito del estudio preliminar de Carlos Dámaso Martínez.

Irresponsable cuenta la vida de un héroe sin nombre, *el hombre de los imanes*, que es la historia tanto de una caída como de una expulsión. Su decadencia es una degradación, un proceso que lo distancia del saber, del poder y de la racionalidad. Así, sus reiterados fracasos lo obligan a desplazarse del centro a los suburbios, expulsado por el progreso que ha precipitado un crecimiento urbano incesante: “los suburbios desaparecían, la ciudad iba avanzando alegre, elegante, con sus calles abiertas, adoquinadas y el ruido, el bullicio, del que era su mortal enemigo, le tocaba una nueva retirada”.

La vida del *hombre de los imanes*, es el espejo y el límite exterior de una identidad cuya historia aparece apenas insinuada, que es la carrera del narrador, testigo de la decadencia y los fracasos del protagonista, en el Colegio Nacional, en la Facultad de Medicina y por último en el Manicomio. Entre los fracasos del *hombre de los imanes* se cuenta su paso por la ciencia, por la literatura —versos mal rimados, una novela empezada y una obra de teatro—, y por la política.

Pues bien, la carencia del *hombre de los imanes* radica en la lectura, en su incapacidad para percibir que el acto fundamental de la lectura consiste en interpretar y en consecuencia, en traducir. Como el *hombre de los imanes* no puede traducir, está imposibilitado de desplazarse en el sentido correcto, ya sea en el mapa social como en el de los discursos. Así como el progreso lo obliga a alejarse hacia los suburbios, del mismo modo se va alejando de la racionalidad del lenguaje científico, lo que equivale a alejarse de la narración, puesto que esta novela adopta la ciencia como modelo narrativo. Su destino final es el Manicomio, es decir la pérdida de la racionalidad y la imposibilidad de narrar. En la novela naturalista la palabra de los locos nunca revela una verdad; en las antípodas de la ciencia, es irracional y permanece sin legitimación social: nadie los toma en serio. En cambio la que está legitimada como portadora de la verdad es la palabra médica.

El *hombre de los imanes* es una duplicación del narrador —ese médico exitoso que como señala Josefina Ludmer va ocupando un sitio destacado en todas las instituciones del estado liberal a lo largo de su carrera: Colegio Nacional, Facultad de Medicina, Hospital, Manicomio. De esta manera, aquello que el narrador reprime, es realizado por el *hombre de los imanes*: si bien el narrador se siente atraído por la belleza de la mujer muerta en el Anfiteatro de la Facultad de Medicina, traduce esa impresión enseguida al lenguaje científico y continúa con el examen médico. Por el contrario, el *hombre de los imanes* no puede reprimir esa atracción porque no puede interpretarla mediante un código dominante, y se pierde por seguirla.

En *Irresponsable* leer equivale a traducir. El narrador evoca sus exámenes preparatorios y su primer recuerdo son los textos en latín que debía traducir. De esta manera la lengua extranjera escrita impone una barrera cultural imposible de franquear para las multitudes: “Unos pilluelos que pasaban, recogieron piadosamente el libro maltratado, se lo repartieron equitativamente y fueron con toda tranquilidad a sentarse en la esquina, con la esperanza de descifrar los jeroglíficos de su contenido”.

Pero la traducción nunca es fiel, justamente en las potencialidades inventivas de la traducción de los textos leídos se concentran las posibilidades de pasar al relato imaginario. En la Facultad de Medicina,

el anfiteatro “ostentaba a guisa de letrado, una pomposa inscripción latina, con letras grandes, negras, fúnebres y que cada uno traducía a su antojo valiéndose de los restos de nominativo y pretéritos que le habían quedado en la memoria”.

Las diferencias de las lenguas son un indicio de las diferencias sociales; en consecuencia, aquel que tenga la capacidad de “traducir”, podrá pasar de una esfera social a otra sin dificultad. Como *el hombre de los imanes* carece de ella, no puede “avanzar” en su itinerario, porque siempre abre la puerta equivocada: “¿Hoy hay examen de física? Sí señor, le contestó uno, y nuestro hombre, sin decir palabra, se introdujo sin miramientos y por equivocación en el salón de grados, cuya puerta estaba inmediata a la escalera”. De la misma manera, cuando intenta entrar al mundo de la política, no sabe “traducir” los códigos: percibe el meeting de acuerdo con las pautas de sus lecturas, y queda desubicado, fuera de lugar. Para ser más precisos, lo que no puede comprender es el hecho de que en la política se finge cuando se declama, de este modo no alcanza a participar del simulacro que el espectáculo de la política supone.

Debido a que el proceso constructivo de la novela es la expansión del discurso científico, la traducción es la operación fundamental que posibilita la narración: en *Irresponsable* narrar es traducir, desplazar los enunciados del discurso científico y jurídico al literario. Entre el discurso literario y el científico, la novela representa sus propios límites y sus dificultades para acceder a la literatura: “¿Qué exhuberancia de material para esbozar telas de impresión! Pero en aquella época no había tiempo para pensar en la belleza de las piezas anatómicas ni en las leyendas bíblicas! teníamos por delante un programa de anatomía largo, difícil, enojoso por sus detalles”.

En el Anfiteatro, en la lección de anatomía, los cuerpos portan la ambigüedad de ser, por un lado, piezas anatómicas, es decir objetos de la mirada médica, y, por otro, modelos pictóricos, es decir objetos sobre los que recae la mirada estética. La novela, conciente de sus propios procesos de figuración, los exhibe en esta *mise en abyme*: la narración proviene del modelo científico, por eso antes que nada, para empezar a narrar, es necesario “dejar de pensar en la belleza de las piezas anatómicas y en las leyendas bíblicas” para entrar en “el programa de anatomía”, es decir hubo que dejar atrás la mirada estética y adoptar la médica, de modo tal que la narración literaria se ofrece como una derivación del discurso de la medicina, cuya mirada se transforma en dominante.

Esta estrategia de figuración también aparece representada en un proceso que se origina con la traducción y culmina con la narración. En un principio, en el colegio, el narrador traduce del latín una tragedia cuyo asunto es la historia de “una mujer de mala vida cuya conducta escandalosa nos daba mucho que pensar”. Posteriormente, en el Anfiteatro de la Facultad de Medicina el cuerpo de la mujer muerta promueve numerosas narraciones: en primer lugar, como hemos visto más arriba, se descartan las formas de representación de la pintura realista —la copia con modelo. Más adelante se abandona la historia romántica de la mujer caída. Finalmente se narra la historia de la mujer como un proceso de degradación, cuyo modelo no condice con la retórica romántica de la mujer caída sino con la historia clínica, es decir, la narración novelesca surge como la expansión y la traducción de la historia clínica. La morgue, de este modo, es el lugar donde los cuerpos son leídos como si fueran textos por una mirada médica que emerge como dominante, donde la narración novelesca no es el resultado de un proceso de copia sin mediaciones, sino de la traducción de la palabra médica. En el Anfiteatro, es decir frente al público, el discurso médico se transforma en un espectáculo y se desplaza hacia la narración. De esta manera, *Irresponsable*, es una novela que exhibe su propio proceso constructivo al representarse como una traducción, un desplazamiento del discurso médico, que no sólo le ofrece la mirada clínica sobre el cuerpo de la sociedad sino también la historia clínica como modelo narrativo.

Fabio Espósito